

aunque siempre al ser postrado
gime con vil abyección.

Reposa Elvira en el lecho,
y al desacorde rumor
que hizo al abrirse la puerta
cuando en sus goznes rodó,
ni tuvo de alzar los ojos
la más fugaz tentación,
porque también duerme el crimen
tras el desvelo traidor.
Y vanamente en el alma
una celeste visión
como inspirados acentos
piadosa le murmuró
secretas voces de huída,
palabras de salvación,
oscuras frases del cielo,
ecos de un ser velador,
pues ensimismada entonces
en su tenaz postración,
necia de escuchar se abstuvo
seres que tanto ofendió.
¡Mas ay! que al fin desoyendo
instintos del corazón,
pronto vió enfrente á su esposo
que con aspecto feroz
audaz sorteaba su seno,
y en ansias mortales: — ¡Oh!!! —
pudo pronunciar apenas
su labio con muerto son,
porque de su blanco pecho,
formando un profundo hervor,
se abocaron por la herida
la sangre á un tiempo y la voz.
Petrificado el de Castro,
con satánico furor
ni lágrimas ni suspiros
en holocausto rindió,
porque tan viles crueldades
en casos tan tristes, son
ínfulas que da el orgullo,
alientos que da el honor:
y á la luz nocturna que entra
por el contiguo balcón,



sobre una mesa, tranquilo,
así á escribir se sentó:

— «Don Pedro, mi esposa ha muerto.
Yo soy noble: vos galante:
y es químera,
que la que, con trato incierto,
esposo tuvo y amante,
sola muera.»

«Sitio, — la playa: — hora, — ahora:
las armas, — una á los dos
satisfaga:
si una daga á la traidora
dió muerte, déosla á vos
una daga.»

«Rogad á Dios... ¡Oh! vuestra ira
me alzaré el padrón maldito
que hoy arrastro.
¿Visteis la sangre de Elvira?
Pues ved con qué tinta he escrito.
— Luis de Castro.» —

Y tendiendo al levantarse
los ojos en derredor,
en el adúltero rostro
por postrer vez los clavó;
y luego asestando á su alma
un dardo la compasión,
de sí mismo, y de su crimen,
de allí huyendo se alejó;
y al ser que labró su infamia,
pero que encendió su amor,
solemnizarle á sus ojos
en las tinieblas dejó;
y doblando de la noche
con sus quejas el horror,
dijo así el triste, llorando,
ó así decirlo pensó:

— «¡Caed sin vergüenza, orgullo,
llorad sin afrenta, honor,
que de llanto y de deshonras,
sepulcro las sombras son!!!» —



VI

HONOR Y AMOR HACEN LOCOS

DON LUIS. — DON PEDRO. — EL ALMA EN PENA.

Vaga en un páramo un hombre,
casi perdido en la sombra,
y el paso, como el que espera,
para, lo alarga ó lo acorta.
Y así, sereno ó impaciente,
mira rodar horas y horas,
mientras convulsos sus labios
murmuran, rezan ó votan.
Su descompuesto semblante
bien á las claras denota
que al corazón del de Castro
mudos instintos acosan.
Y poco será por cierto,
aunque á su mirada torva
la imagen se le presente
de la ensangrentada esposa,
y que flébiles las brisas
imiten sus quejas hondas,
á cuyo son entrañable
llore infeliz, como llora;
que es distinto cuando un hombre
juzga de un crimen á solas,
que cuando ardiente al cerebro
la sangre en montón se agolpa.

¡Oh, mucho diera sin duda
por disipar el aroma
de aquellas manos sangrientas
que desesperado frota!
¡Quién le volviera á los días
de más alegres auroras,

cuando escuchaba de Irene
mal entendidas lisonjas;
ó á cuando su mente tuvo
aun no formadas memorias,
ó á cuando rayó su infancia,
ó á otra edad más remota:
porque son tan verdaderas
de nuestra vida las glorias,
que si nuestra alma una á una,
las va recordando todas,
truncando edades y edades,
de una en otra, y de otra en otra,
nuestra mente hasta la nada
de do salimos nos torna!

Entre las nieblas, de un hombre
adivinando las formas,
alborozado á su encuentro
don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud
le apostrofó con voz clara:

DON LUIS
Salud, don Pedro de Lara.

DON PEDRO
Don Luis de Castro, salud.

Y unas quejas de sus labios
se desprendieron tan hondas,

que ambos con mutuo desprecio
las tuvieron por congojas.

DON LUIS

Mucho, don Pedro, tardasteis.

DON PEDRO

Cual me habéis aconsejado,
con Dios me he reconciliado.
¿Y vos, os reconciliasteis?

DON LUIS

Yo, por si no solventamos
algunas cuentas primero,
morir condenado quiero.

DON PEDRO

Pues vamos, don Luis.

DON LUIS

Pues vamos.

Y apercibiéndose al trance,
con una sonrisa irónica
clamó don Luis, extendiendo
al aire una banda roja:

DON LUIS

Con esta, si no os asombra,
nos ataremos, don Pedro.

DON PEDRO

A nada, don Luis, me arredro.

DON LUIS

¡Es tan cobarde la sombra!...

DON PEDRO

Si desasirnos podemos...

DON LUIS

¡Huir!... ¿tan cobarde fuerais?...

DON PEDRO

¡Huir!... ¿y creer pudierais?...

DON LUIS

Pues atemos.

DON PEDRO

Pues atemos.

Y al alargarse las manos,
en tales lides ociosas,
parece cuando las ciñen
que las muñecas se tronchan.

Y ya fuertemente asidos,
miradas se lanzan hoscas,
presas las siniestras manos,
y alto el puñal en las otras.

Tened, pese á vuestro encono,
las aun no manchadas hojas,
bastardos sostenedores
de imaginaciones locas.

¿A qué dios rendís impíos,
como ofrenda ignominiosa,
la sangre encolerizada
que derramáis gota á gota?
¡Ah, sin duda á las deidades
que el hombre en su engaño forja:
— al amor, — honor — y orgullo! —
¡brumas! ¡ilusiones!! ¡sombras!!!

Amaina, don Luis, la furia
de tu pasión rencorosa,
que ese puñal homicida
por donde baja destroza.

¿A qué te anegas en sangre
por una palabra rota,
cuando tantos juramentos
falsa quebrantó tu boca?
¡Duelo común de los hombres,
que con flaqueza notoria
venguen las ajenas faltas
santificando las propias!

Detén el puñal, don Pedro,
que quien de hidalgo blasona,
no es justo quite la vida
á quien ya privó de la honra.
No vengues, no, de tu amante
la desastrada memoria,
que son del amor recuerdos
nieblas del aire traidoras.
Tente, don Luis, porque en tierra
á dar vas ciego de cólera.

Atrás, don Pedro: ¿qué noble
debe á un traspies la victoria?
¿Y adónde estás en tal cuita,
imagen de Irene hermosa,
que en son de paz sus afanes
no departes mediadora?

Sin duda tu acento no oyen,
que hombres que á tanto se arrojan
no es mucho, no, que del cielo
voces internas desoigan.

Cesad, que ya de los rostros
la sangre á torrentes brota.
Cía, don Pedro, que mueres.
El paso, don Luis, acorta.

¡Ay, que mejor que el alfanje

casi el furor os ahoga!...
El pecho, don Pedro, esquivo:
corre... vuela... el paso dobla...
Alza, don Luis, el acero...
ten... oye... ¡misericordia!...
¡Triste de vos, el de Lara,
si el cielo ya no os perdona!!

A la maldición postrera
que exhaló don Pedro ronca,
quedaron del asesino
ciegas las potencias todas,
y mientras la calma espera
con resignación estoica,
el mutilado cadáver
asido al brazo le encorva.
En vano el acero busca
del campo sobre la alfombra,
para evadirse del peso
que cruelmente le agobia;
pues al sepultarle airado
con la indignación más loca,
quedó del triste don Pedro
entre las entrañas cóncavas;
é inútilmente su diestra
las ligaduras destroza,
por ver si un piadoso esfuerzo
de sí el cadáver arroja,
que la invisible potencia
de una deidad misteriosa
parece que al mismo crimen
al criminal aprisiona.

Entre el insondable caos
que todo su ser trastorna,
cree ver los gestos horribles
de mil figuras diabólicas.
que asen del muerto, doblando
el peso que le acongoja,
y huye, arrastrando el cadáver
que le demandan las sombras,
sin escuchar sus aullidos,
carcajadas estentóreas,
que pavoroso el infierno
en señal de triunfo aborta.
Y es inútil si contrito
la gracia de Dios no implora,
que huya, rompiendo los lazos
que al parecer le eslabonan,
pues mientras que el mundo cruce,
que gire, que páre ó corra,
siempre dejando el infierno,
verá que su senda cortan,

ya la sombra del amante,
ya la imagen de la esposa;
y aunque no tan crudamente
como á él le acosan ahora,
á cuantos al mundo nacen
remordimientos acosan,
si no del brazo pendientes,
asidos á la memoria.

Oyendo solo, abismado
en confusión espantosa,
los gritos de la conciencia
que calladamente asordan,
corre el de Castro, ya viendo
simas que á sus pies ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman;
y trasluciendo entre nubes
de Irene la blanca sombra,
único faro que alumbra
al infeliz que se ahoga,
por su presencia alentado
corre gritando: — «¡perdona!» —
y ella: — «¡sígueme!» — responde,
cual eco de su voz propia,
y siempre asido al cadáver
que entre las peñas destroza,
de la desterrada amante
sigue la luz misteriosa,
luz que para el pobre Castro
es de la esperanza copia,
pues la luz de la esperanza
es tan intensa y tan pródiga,
que cayendo sobre el mundo
desde el crisol de la gloria,
por más que su paso obstruyan
las nieblas caliginosas,
se debe ver del infierno
aun desde las grutas lóbregas.

¡Oh! viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

¿Ni cuál purgatorio, el cielo
en el horror de su cólera,
pudiera imponer más duro
al que sus leyes trastorna,
que atar del verdugo al cuello
la víctima á quien inmola,
y hacerle ver en su angustia
las ensangrentadas sombras
que desatado el infierno